



Arzobispado de Valencia
DELEGACIÓN DIOCESANA DE LA
PASTORAL DE ENFERMOS Y MAYORES

Día del Mayor 2023

El Mayor, portador de la alegría

Subsidio litúrgico

*En el domingo 1 de octubre de 2023, XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo A.
Este subsidio se puede utilizar también en otro día de la semana.*

I.- Ritos iniciales

Monición de entrada

El sacerdote celebrante, después de signarse y saludar al pueblo, dice la siguiente introducción al acto penitencial:

Queridos hermanos:

En este primer domingo de octubre, celebramos con gozo y alegría el Día del Mayor, dando gracias a Dios por nuestros mayores, por todo lo que ellos nos están continuamente dando y, en especial, por su gozoso testimonio de una vida vivida en la fe, en la esperanza y en el amor de Dios.

Los mayores son portadores de la alegría: de la alegría de la fe en la que ellos están viviendo y que desean transmitir tanto a los jóvenes como a los que también son mayores como ellos, colaborando así en la acción evangelizadora de la Iglesia.

Por ello, vamos a dirigir en este día nuestras oraciones al Padre para que les conceda una larga vida y feliz ancianidad, sintiéndose acompañados por la Iglesia y sus seres queridos, en el amor de Dios.

Pidamos también nosotros perdón al Señor por todos nuestros pecados y especialmente por cuantas veces no hemos cuidado y asistido a nuestros hermanos mayores como Dios quiere.

(Silencio)

Tú, que nos das el don del perdón y de la misericordia. Señor, ten piedad.

℟. Señor, ten piedad.

Tú, que nos diste ejemplo de gratitud y obediencia a Dios Padre. Cristo, ten piedad.

℟. Cristo, ten piedad.

Tú, que aceptas nuestra acción de gracias por todos tus dones. Señor, ten piedad.

℟. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

En el domingo, se recita o canta el “Gloria”.

Oración colecta

Del día en que se celebra.

En el XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Oh Dios, que manifiestas tu poder
sobre todo con el perdón y la misericordia,
aumenta en nosotros tu gracia,
para que, aspirando a tus promesas,
nos hagas participar de los bienes del cielo.
Por nuestro señor Jesucristo.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Oh, Dios,
que, por la gracia del Espíritu Santo,
has infundido los dones de la caridad
en el corazón de tus fieles;
concede a tus siervos,
para quienes suplicamos tu clemencia,
la salud del cuerpo y del alma,
para que te amen con todas sus fuerzas
y realicen con todo amor
lo que es de tu agrado.
Por nuestro Señor Jesucristo.

II.- Liturgia de la palabra

Lecturas

En el XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo A:

Primera lectura: Ez 18, 25-28. Cuando el malvado se convierte de la maldad, salva su propia vida.

Salmo: Sal 24. R. Recuerda, Señor, tu ternura.

Segunda lectura: Flp 2, 1-11. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús.

Evangelio: Mt 21, 28-32. Se arrepintió y fue. Los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de Dios.

Ideas para la homilía

En el domingo 1 de octubre.

Las ideas que siguen pueden también servir para la celebración en otro día de la semana.

Queridos hermanos:

Nuestra Iglesia en Valencia se une a la celebración internacional del Día del Mayor recordando una de las mayores cualidades que anima la vida de nuestras personas mayores: la alegría.

En efecto, los mayores son portadores de la alegría. De esa alegría serena y reposada que llena su alma. Es un hermoso fruto de la sabiduría que alcanzan por la experiencia que da los muchos años de vida que han disfrutado, y de los que seguirán gozando en su feliz ancianidad. La vida nos enseña a dar el auténtico valor a los acontecimientos y a las cosas, a disminuir la importancia y consecuencias de los sucesos adversos –de los que está llena nuestra existencia– y a disfrutar de los buenos momentos de la vida –pequeños y grandes–, que son más numerosos.

Pero, ante todo, la alegría profunda de nuestros mayores es fruto de la fe en Dios que nos ama y nos cuida. La fe ilumina los acontecimientos de nuestra existencia –buenos y malos– mostrándonos que Dios se vale de todos ellos para ir construyendo –día a día–, en cada uno de nosotros, la maravillosa historia de salvación en la que derrama su amor paternal sobre todos sus hijos. La fe nos revela que todo lo que nos sucede es para nuestro bien y nos muestra cuál es el sentido último de nuestra existencia terrena, de nuestro peregrinar hacia la Casa del Padre: la vida eterna a la que Él nos llama e invita.

La fe nos da fuerzas en todos los momentos de nuestra vida, con sus problemas y sufrimientos, enfermedades y padecimientos, y nos sostiene en nuestra lucha diaria. Hay momentos duros –tiempos difíciles– pero nada puede destruir esa alegría que nos da el Espíritu Santo, que siempre permanece, al menos, como un rayo de luz en medio de la noche oscura del sufrimiento, que nace de la certeza –de la que Dios mismo nos llena– de sentirnos infinitamente amados por Él, a pesar de todo. Por eso, los mayores que viven en la fe, disfrutan de la verdadera alegría que sólo Dios nos puede proporcionar. De esa serena alegría que persiste ante las contrariedades y que va creciendo conforme pasan los meses y los años, conforme vamos madurando y creciendo, en edad y en santidad.

Alegría de la que son portadores los mayores, pues la viven en lo más profundo de su ser, y en la que están llamados a contagiar a sus familiares y amigos. ¡Qué hermoso es que nuestros mayores disfruten de la auténtica alegría y que a sus amigos y conocidos –a los de su misma edad– los hagan partícipes de ese gozo que procede de Dios, que los inviten a complacerse en ella, como un día nos recomendó san Pablo: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (*Flp 4,4*)!

Así es, como muy bien nos recuerda hoy san Pablo: «Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir» (*Flp 2,1-2*). Y por esas entrañas compasivas de nuestros mayores –que desean participar en la tarea evangelizadora y que pretenden aliviar con su amor el sufrimiento del prójimo–, quieren así dar la alegría a cuantos viven con ellos.

Alegría que viven en comunión, que reparten y comparten, porque bien saben que «hay más dicha en dar que en recibir» (*Hch 20,35*), pues «Dios ama al que da con alegría» (*2 Co 9,7*). El amor fraterno –reflejo del amor de Dios– nos hace capaces de gozar con el bien de los otros: «Alegraos con los que están alegres» (*Rm 12,15*), nos dirá san Pablo. Más aún, nos impulsa a llevar la alegría a cuantos no la tienen, pero la desearían disfrutar.

Alegría de la que son portadores y transmisores a sus hijos y nietos –a las nuevas generaciones– que necesitan el testimonio de sus mayores para crecer en la alegría de la fe, para saber confiar en Dios que siempre está con nosotros y que nunca nos desampara, pero que quiere que no nos separemos de Él; de que se puede ser feliz en el sufrimiento, si somos sostenidos por Dios; de que podemos estar alegres en nuestras tribulaciones, si nos apoyamos en Cristo; de que siempre permanece la esperanza que no defrauda, si nos dejamos descansar en Él.

Los mayores son portadores y transmisores de la alegría de la fe. La Iglesia los necesita como elocuente testimonio vivo de la fuerza del Evangelio. Ellos quieren seguir siendo una parte activa, y muy importante, de nuestra acción evangelizadora, en nuestras familias y en nuestras parroquias, en todo lugar allí donde se encuentren.

¡Qué gran gozo es poder compartir con nuestros mayores el tesoro de la alegría de la fe de la que son tan experimentados portadores!

III.- Oración de los fieles

Sacerdote:

Elevemos, hermanos, nuestra oración a Dios Padre, en quien ponemos nuestra confianza, y le pedimos que acoja y proteja especialmente a nuestros hermanos mayores.

Lector:

- Por el Papa Francisco, por nuestro Arzobispo Enrique y por toda la Iglesia: para que anuncien con fruto la alegría de la fe. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por nuestras autoridades: para que asistan y protejan a nuestros mayores, ayudándoles en sus necesidades materiales y espirituales, defendiendo su derecho a la vida y a la salud hasta el fin natural de sus días. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por los mayores: para que sigan transmitiendo la alegría que procede de Dios a las nuevas generaciones, con el ejemplo de una vida fundada en la fe, llena de esperanza y ardiente en el amor. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por nuestros hermanos de mayor edad: para que disfruten de una feliz ancianidad, conserven la salud y se sientan queridos por Cristo que siempre nos está cuidando. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por las familias: para que, unidas en el amor, atiendan con afectuosa generosidad a sus mayores, confortándolos en su ancianidad, y nunca los abandonen ni los olviden. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por los que cuidan a los mayores: para que lo hagan con amor y alegría, sabiendo que Cristo está siendo servido en ellos. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por todos nosotros: para que siempre nos intereseamos por nuestros mayores y los acompañemos con afecto y ternura. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

Sacerdote:

Atiende Padre nuestras súplicas y danos tu Espíritu, para que, unidos en el amor, participemos todos del consuelo de Cristo. Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

IV.- Liturgia eucarística

Del día en que se celebra.

En el XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Concédenos, Dios de misericordia,
aceptar esta ofrenda nuestra,
y que, por ella, se abra para nosotros
la fuente de toda bendición.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Ten misericordia de tus siervos, Señor,
por quienes ofrecemos este sacrificio
de alabanza a tu majestad;
que, por estos santos misterios,
obtengan la gracia de tu bendición
y la gloria de la eterna bienaventuranza.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

V.- Ritos de conclusión y despedida de la asamblea

Oración después de la comunión

Del día en que se celebra.

En el XXVI Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Señor, que el sacramento del cielo
renueve nuestro cuerpo y espíritu,
para que seamos coherederos en la gloria de aquel
cuya muerte hemos anunciado y compartido.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Después de recibir los santos misterios,
te rogamos, Señor,
que concedas a tus siervos,
a quienes concediste que nos amaran,
el perdón de sus pecados,
consuelo en la vida
y tu amparo constante,
para que todos nosotros,
sirviéndote con un mismo corazón,
merezcamos reunirnos con gozo en tu presencia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición

El Señor esté con vosotros.

℟. Y con tu espíritu.

Dios, fuente de todo consuelo,
disponga vuestros días en su paz
y os otorgue el don de su bendición.

℟. Amén.

Que él os libre de toda perturbación
y afiance vuestros corazones en su amor.

℟. Amén.

Para que, enriquecidos por los dones de la fe,
la esperanza y la caridad,
abundéis en esta vida en buenas obras
y alcancéis sus frutos en la eterna.

℟. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

℟. Amén.

Que María, Madre de Dios, Madre de los Desamparados, nos ampare a todos nosotros bajo su manto maternal y especialmente a nuestros mayores y necesitados. Id en paz y anunciad a todos los hombres la alegría de la fe y de la esperanza en nuestro Señor, que es nuestra fortaleza.

Podéis ir en paz.

℟. Demos gracias a Dios.

Canto a la Virgen.

Oración por la III Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores 2023

Virgen María,
Madre de fe y de esperanza,
modelo para esta humanidad replegada por la indiferencia,
hazme disponible como Tú
para aceptar la voluntad de Dios,
para proclamar y alabar su Misericordia.

María, Madre de fortaleza,
Tú que conoces mi corazón
no permitas que me desaliente.
Entrego confiadamente mi vida en tus manos.
Cura mis heridas,
tu ternura me acompañe en mi camino.

Tu presencia, Madre de amor
nos lleve a experimentar la alegría
de ver a nuestras familias unidas.
Ayúdame a transmitir la ternura y el Amor de Dios
a mis nietos y a los jóvenes
para que, además de rezar con ellos,
podamos rezar juntos.

Intercede por mí, María, el don del Espíritu Santo,
que me sostenga en mi debilidad;
infunda en mi corazón el consuelo
para poder dejar huellas de fe entre los jóvenes,
el testimonio de la belleza de la vida,
la certeza de que ésta tiene un límite
y que más allá nos espera el abrazo del Padre.

Amén